

Juan Carlos Núñez Bustillos

Retrato hablado

Entrevistas con
personajes de Guadalajara
(segunda parte)

 EDITORIAL UNIVERSITARIA
Libros que transforman

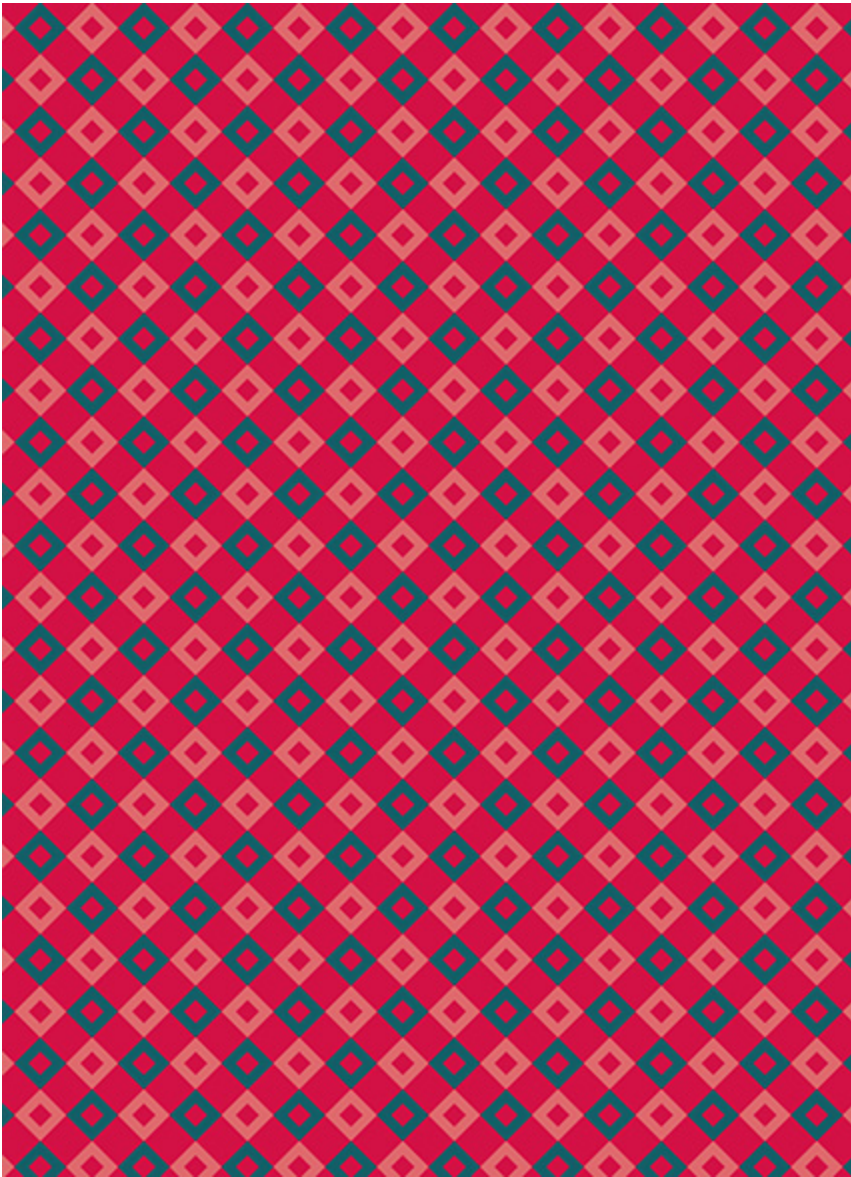
Universidad
de Guadalajara



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara



GRUPO MILENIO®



Juan Carlos Núñez Bustillos

Retrato hablado

Entrevistas con
personajes de Guadalajara
(segunda parte)



Universidad
de Guadalajara





Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

José Alberto Castellanos Gutiérrez
Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas

José Antonio Ibarra Cervantes
Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias

Edgardo Flavio López Martínez
Encargado del despacho de la Editorial
Universitaria

Primera edición electrónica, 2013

Textos

© Juan Carlos Núñez Bustillos

Fotografía

- © Rafael del Río Chávez
- © Iván García Guzmán
- © Paula Islas Figueroa
- © Humberto Muñoz Ceja
- © Juan Carlos Núñez Bustillos
- © Abraham Pérez Valdez
- © Antonio Romero González
- © Oswaldo Sevilla
- © Marco Aurelio Vargas López
- © Luz María Vázquez Pedroza
- © Jorge López Viera

Agradecemos a **Grupo Milenio** la autorización para la reproducción de las entrevistas con sus respectivas fotografías.

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

Juan Luis Orozco Hernández, SJ
Rectoría

Pedro Martín Ramírez Rivera
Dirección de Relaciones Externas

Manuel Verduzco Espinoza
Jefe de la Oficina de Publicaciones

Núñez Bustillos, Juan Carlos
Retrato hablado : entrevistas con personajes de Guadalajara / Juan Carlos Núñez Bustillos. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco : Editorial Universitaria : Universidad de Guadalajara : ITESO Universidad Jesuita de Guadalajara, 2013.
ISBN Universidad de Guadalajara 978 607 450 872 7
Guadalajara, Jalisco-Biografías 2. Entrevistas en periodismo l. t
920.072 35 .N96 CDD
CT557 .J2 .N96 LC

D.R. © 2013, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

D.R. © 2013, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585
Colonia ITESO
45604 Tlaquepaque, Jalisco
www.publicaciones.iteso.mx

ISBN Universidad de Guadalajara 978 607 450 872 7

Noviembre de 2013

Hecho en México
Made in Mexico

Presentación

En noviembre de 2012 presentamos *Retrato hablado, entrevistas con personajes de Guadalajara*. En ese libro compilamos 100 de los 202 diálogos que sostuve con habitantes de esta ciudad y que aparecieron en el periódico *Público-Milenio*, entre los años 2004 y 2008. Ahora, gracias a la Universidad de Guadalajara, el iteso y el diario *Milenio Jalisco* publicamos las otras 102 entrevistas que completan la serie.

Cada sábado, durante cuatro años, buscamos mostrar con estas entrevistas la pluralidad de Guadalajara a partir de la vida y de la forma de pensar de algunos de sus personajes más emblemáticos. Se trataba de dialogar con las más diversas personas que cumplieran dos condiciones: arraigo en la ciudad y una trayectoria consolidada e interesante. Mediante preguntas cortas y juguetonas buscamos conocer qué hacían, qué pensaban y cómo vivían. Nos interesaba además contrastar las más diversas opciones de vida. Por esa razón no las agrupamos por oficios o por temas.

En este nuevo tomo las presentamos así, en el orden en que fueron publicadas. Los datos biográficos de los entrevistados están actualizados a la fecha en que se imprimieron los textos en el periódico. La vida de varias personas que aparecen en estas páginas se ha transformado y hay algunas que incluso han fallecido.

Agradezco a todas ellas la confianza, la disposición y el tiempo que me brindaron para hacer las entrevistas. Muchas gracias también a los editores, diseñadores y fotoperiodistas que en aquella época me ayudaron a poner cada semana en la página tres del periódico estos diálogos.

Años después, en este 2013, Jorge Valdivia y Jorge Orendáin revisaron de nueva cuenta los textos y me hicieron valiosas sugerencias y correcciones.

Gracias a Sayri Karp, de la UdeG, y a Manuel Verduzco, del iteso, que con sus equipos editoriales se hicieron cargo del proceso de producción, así como a los directivos de *Milenio Jalisco* por su apoyo al proyecto.

A los colegas del Departamento de Estudios Socioculturales del iteso les debo la sugerencia para enriquecer el libro con un capítulo introductorio. En este caso

el tema es la ética en la entrevistas periodística. Mi querido amigo y colega Sergio René de Dios Corona lo revisó y me hizo valiosas sugerencias, lo mismo que Elba Castro.

Gracias también a mis maestras y maestros que en las aulas, en las redacciones o en las calles me han brindado generosamente sus conocimientos.

Mi especial agradecimiento a Javier Darío Restrepo, querido maestro, por compartirme su sabiduría y por las palabras que escribió como prólogo para este libro.

Muchas gracias a usted por interesarse en él. Espero que lo disfrute.

Prólogo

El alma de Guadalajara

Javier Darío Restrepo

Cada entrevista es para el periodista una oportunidad para adentrarse en un continente nuevo, que eso es cada persona. Así como no hay dos rostros iguales, no son iguales las personas, aunque se trate de hermanos gemelos. Cada humano es único.

El gran reto que el periodista enfrenta al hacer una entrevista es el de descubrir esa singularidad que hace único a su entrevistado. A veces se necesitará el tino de un minero que sigue una veta de metales preciosos, para descubrir esa singularidad. Cuando esto sucede, la entrevista es un hallazgo y su publicación tiene todo el carácter de un gozo compartido y de una afirmación de identidad.

En los “Retratos hablados”, Juan Carlos Núñez ha encontrado eso y tal es el atractivo de este trabajo periodístico. Reunidos en este segundo volumen, los “retratos” descubren el alma de Guadalajara, viva en el lenguaje y experiencias de sus personajes. Juan Carlos despoja esta palabra “personaje” de la connotación usual de personas de campanillas, destacadas en la vida de la ciudad. No, aquí son personajes lo mismo el “tejuinero” que el “churrero”, el mago, la boticaria o el historiador.

Se me ha ocurrido que Juan Carlos ha cumplido en Guadalajara la función que en las ciudades griegas desempeñaban los descubridores de dioses. Los tebanos tuvieron a Teocles y Polínice; en Trecena habían encontrado a Hipólito y en Delfos era Pirro, el hijo de Aquiles; en unos casos distinguían al dios por haber sido el hombre más hermoso, en otros, por haber participado en una expedición de guerra, o por las inolvidables melodías de su arpa, o por las historias que contaba y cantaba. En la elección de su dios, la ciudad reflejaba su alma colectiva, por eso los dioses a ella y sólo a ella, le pertenecían.

Para entrar en el catálogo de los dioses de la ciudad, recuerda Fustel de Coulanges “no era necesario haber sido un gran hombre o un bienhechor, bastaba haber herido la imaginación de sus contemporáneos”. Es la herida de que hoy da fe Juan Carlos en cada uno de sus “Retratos hablados”. Estos habitantes de la ciudad aportan, cada cual a su manera, una parte de ese gran fresco que el periodista ha decidido develar como el alma de Guadalajara. Anota Coulanges que esos dioses que sólo le pertenecían a la ciudad, estaban ligados a su destino.

Cuando uno lee los retratos de este libro y los de la primera colección, se sorprende: lejos de ser historias yuxtapuestas y sin relación entre sí, todos hacen parte de una historia común y, unidos, como piezas de un vitral, o como las figuras de un gran cuadro, revelan la historia que siempre quedó implícita en la historia oficial de las ciudades y que, sin embargo, explica por qué la ciudad y su historia son como son.

Los historiadores mejicanos observan que su país nació con 8 millones de habitantes “sin conciencia clara de su identidad nacional, sin un proyecto político viable, eran un mosaico numeroso y variado de comunidades”, así escribe Krauze. Cuando la pertenencia a una comunidad no explica la conciencia de una ciudadanía, es porque no se ha configurado una identidad, apunta el profesor José Luís Espíndola, de quien tomo la cita que me permite señalar con fundamento la importancia social de estos “retratos”, y es que ellos contribuyen a la formación de una identidad.

Cada uno de los capítulos del libro tiene la función identificadora de un espejo: la ciudad se ve en sus personajes, sabe que así es, pero al mismo tiempo estimula la mirada crítica que busca el deber ser, ése que aparece en los valores y logros de los protagonistas de estas historias.

El libro cumple entonces la función pedagógica que le corresponde al trabajo periodístico, y se vuelve formador de ciudadanía.

Cuando la profesora de piano, por ejemplo, confiesa que no se jubila porque siempre hay un alumno al que puede ayudar; o cuando el peluquero dice que todas las personas tenemos belleza, son dos personas que están fomentando esa actitud ciudadana de la empatía con el otro. De modo sencillo y sin pretensiones éstos y decenas más de personajes, pasan por las páginas del libro mostrando que la confianza en los otros, la estima de sí y el amor por lo que se hace, lo mismo que la compasión por los demás, son actitudes posibles que enriquecen a las personas y que son las claves de una ciudadanía fuerte y sin fisuras.

Debo agregar un pensamiento que me persiguió durante la lectura de los dos volúmenes de *Retratos*, 100 en el primero y un número parecido en el segundo. Empezar cada semana la tarea de encontrar un personaje, de entenderlo y descifrarlo para buscar lo que ese entrevistado podía compartir con el público lector, es una actividad que supone fe en los seres humanos, apertura generosa al otro, capacidad de aprecio de las diferencias (que es la definición de la tolerancia activa) y una convicción de hierro de que ningún espectáculo supera el esplendor del ser humano, apenas inferior a los ángeles. Ésta es una actitud que está inscrita en las utopías del mejor periodismo y en el talento profesional de Juan Carlos Núñez. Un señor periodista y un maravilloso ser humano, como nos consta a sus amigos.

La ética en la entrevista periodística

El encuentro entre un periodista y la persona a la que entrevista es casi siempre breve. Cuando mucho se lleva un par de horas. Hay, por supuesto, algunas entrevistas que en varias sesiones se prolongan durante días o incluso meses, pero son excepciones. En condiciones habituales, la interacción entre el reportero y el entrevistado suele ser cuestión de minutos. Podría parecer que en una relación de tan poco tiempo no cabrían demasiadas consideraciones éticas. Sin embargo, hay más de las que en un primer momento podrían parecer.

Antes de revisarlas recordemos que una entrevista periodística es una conversación entre un periodista y otra persona, que gira en torno a un tema de interés público y cuyo contenido se difundirá públicamente.

La entrevista periodística tiene una doble función. Por un lado, es una herramienta que permite al periodista obtener información. Cuando el reportero pregunta, lo hace buscando que la respuesta del entrevistado le aporte datos pertinentes para la construcción de su discurso informativo. Esos datos son materia prima, ingredientes, para la elaboración de una noticia, de una crónica, de un reportaje, de un análisis o de cualquier otro género periodístico. Pero las respuestas pueden ser también presentadas en un formato que recrea la conversación entre el periodista y su interlocutor. En ese caso, la entrevista cumple por sí misma con su función de género periodístico.

Sea como herramienta o como género, la entrevista periodística está entreverada, como decíamos antes, con diversos asuntos éticos que hay que considerar.

Desde el momento que nos planteamos realizar una entrevista aparecen las preguntas éticas: ¿para qué?, ¿para quién?, ¿cómo?, ¿con qué finalidad? La manera en que la solicitamos y en que diseñamos lo que preguntaremos, en que nos presentamos ante el entrevistado y nos relacionamos con él, el modo en que le hacemos las preguntas, especialmente cuando son difíciles o dolorosas, la forma de editar sus respuestas, la elección de la fotografía. Todo el proceso está

atravesado por esta dimensión ética. Lo sepamos o no, lo queramos o no. Porque la persona a la que entrevistamos se pone en nuestras manos y, por lo tanto, adquirimos una responsabilidad en torno a ella. Nosotros somos los mediadores de su voz. Lo que dice por medio de nosotros y lo que nosotros decimos de ella, tiene consecuencias. Es un imperativo mantener en todo momento el respeto por la persona, incluso en aquellos casos en los que lo que haya hecho o lo que haya dicho nos resulte hasta detestable.¹

El otro

Al formar parte del ejercicio periodístico, la entrevista se ve imbricada en esta dimensión ética por una razón muy sencilla: trabajamos con personas y para las personas. Esta relación con el “otro”, con los “otros”, nos coloca de entrada en esta situación porque lo que hagamos, o dejemos de hacer, y la manera en que lo realicemos tendrá repercusiones, de distinto grado, para los demás.

Dice Javier Darío Restrepo: “En cuanto periodistas nosotros estamos enfrentando diariamente el dilema de la relación con el otro, para humanizarnos o para deshumanizarnos. Para rechazarlo o para aprovecharnos de él, o por el contrario, para servir al otro, y trabajar con el otro. Siempre que uno decide cuál va a ser su comportamiento con el otro, está planteando una norma ética”.²

La información que generamos los periodistas es para los destinatarios un insumo en el proceso de representar parte de la realidad que los rodea, aquella que tiene que ver con hechos novedosos de interés colectivo.

En otro de sus textos, Restrepo explica que la información

da elementos para asumir el control de los hechos y actuar como sujeto de la historia. Cuando la información abarca el futuro permite condicionarlo y construirlo. Cuando abarca el pasado permite aprovechar sus aciertos o corregir sus errores. La información tiene poder convocador y de unión de fuerzas. La información promueve acciones, cambios, avances y soluciones. El que da información muestra caminos, como los ojos al caminante.³

Una información deficiente o mal intencionada dificulta, incluso impide, que esto ocurra y que en lugar de proporcionarle un servicio al destinatario le demos ingredientes de mala calidad en el proceso de interpretación que hará de su entorno y de la forma en que actuará en él.

La ética periodística implica entonces un doble eslabón. Uno es el que el reportero establece con los protagonistas de la información, y otro, el que lo

vincula con los destinatarios de sus mensajes.

Existe también otra doble implicación que es la relación entre la técnica periodística y la ética periodística. Como veremos a lo largo de este texto ambas están fuertemente entrelazadas. La falta de técnica repercute en conflictos de carácter ético y una práctica periodística que falte a la ética es insostenible desde el punto de vista técnico. Restrepo lo explica así:

La técnica necesariamente tiene que estar atravesada por lo ético, y la ética impone el deber de una alta calidad técnica. Hay temas como el de las fuentes de información en que lo técnico y lo ético están tan estrechamente entrelazados que los aspectos técnicos de selección y manejo de fuentes necesariamente derivan hacia consideraciones éticas acerca de la responsabilidad sobre los contenidos, la independencia respecto de las fuentes o el compromiso con la verdad al seleccionar las fuentes o en el manejo de los materiales. A partir de su experiencia como reportero, Gabriel García Márquez afirmó que en periodismo la ética y la técnica son tan inseparables como el zumbido y el moscardón.⁴

Tres ingredientes, tres etapas

Luego de analizar una serie de códigos deontológicos de los más diversos países, medios de comunicación y agrupaciones de periodistas, Restrepo encontró que hay tres grandes ámbitos en que se pueden agrupar los asuntos relacionados con la ética periodística. Estos son: la verdad, la responsabilidad y la independencia. Cada uno de ellos adquiere sus especificidades en las diversas prácticas y géneros periodísticos. En este texto veremos cómo estos tres ámbitos se presentan en las tres etapas que constituyen el proceso de elaboración de una entrevista: la preparación, la realización y la edición.

Hay algunos temas éticos sobre la relación del periodista con la fuente que conciernen a la entrevista, pero no son exclusivos de este género (Por ejemplo: los regalos, los viajes y la amistad con el interlocutor, entre otros). En este texto no los abordaremos y nos ceñiremos a los que atañen más directamente al proceso de la entrevista.

Antes de entrar al análisis de cada etapa, vale la pena hacer una consideración general que puede ayudar a entender cuál es el sentido de la entrevista y a encuadrar con ello la práctica del periodista al momento de realizarla. Tenerlo claro ayuda a establecer un marco que de entrada nos “pone a salvo” de algunos problemas éticos.

Se trata de la identidad del periodista y del sentido de su quehacer. ¿Para quién trabaja? ¿Para sí mismo? ¿Para el dueño de la empresa informativa? ¿Para los anunciantes? ¿Para el entrevistado? ¿Para el lector?

La respuesta a esta pregunta es fundamental pues será la plataforma desde la que se establezca todo el proceso de la entrevista y constituirá el encuadre ético que guiará su trabajo. Si el periodista cree que trabaja para el entrevistado buscará la manera de hacerlo lucir, pero si por el contrario trabaja contra él, entonces aprovechará su poder para ridiculizarlo. En más de una ocasión escuché a colegas confesar que iban a “pegarle” al entrevistado. Por el contrario, hay muchas entrevistas en las que el “periodista” es solamente una comparsa para que el entrevistado, especialmente cuando es poderoso, diga solamente lo que a él le interesa decir. Si el periodista quiere quedar bien con el dueño del medio de comunicación o con sus anunciantes, el tratamiento informativo irá en ese sentido. Si plantea la entrevista para presentarla a un concurso y ganar un premio, para hacerse famoso o para demostrar lo valiente o lo listo que es, su forma de trabajar estará condicionada por ello.

Si, por el contrario, entendemos que el periodismo es un servicio público, que la información le sirve a la comunidad para comprenderse mejor y que el periodista trabaja para el lector, tendremos una plataforma ética que nos sostiene durante el proceso de realización de la entrevista. Tener claro para qué y para quién hacemos nuestro trabajo es fundamental, pues, como decíamos antes, es la base de todo lo que ocurrirá después. Hay, en toda entrevista, una intencionalidad que necesitamos reconocer, asumir y clarificar.

Al respecto, Halperín expresa: “El periodista escucha al entrevistado, no trabaja para él sino para un tercero (el medio, el lector), no le presta un servicio que éste haya buscado, no se propone transformarlo ni le provee revelaciones, no tiene tiempo ni está abierto a futuras demandas del entrevistado, y las confesiones las usará para otros”.⁵

En el mismo sentido Manuel del Arco señala: “No me cansaré de repetir que yo a quien sirvo es al lector, no al interrogado”.⁶

Es importante recordar que los temas de los que se ocupa el periodismo son asuntos de interés público. Esta es otra coordenada que nos ayudará a plantear adecuadamente una entrevista. Lo que vamos a hacer ¿es de interés público? O resulta solamente “interesante” en el sentido de curioso.

Los hechos de interés público son aquellos que interesan a la gente, no sólo porque resultan atractivos sino, sobre todo, porque tienen que ver con el presente de su vida como individuos que forman parte de una sociedad, porque le atañen como sujeto social [...] Se trata de información sobre hechos novedosos de interés general que les incumben en ese momento a los miembros de una comunidad. Esta información

ayuda a las personas a entender qué es lo que está ocurriendo en el entorno, a situarse en él y, en consecuencia, a tomar postura y decisiones respecto de los acontecimientos.⁷

Si tenemos presente que hacemos la entrevista para que quienes la vean, la escuchen o la lean conozcan mejor las opiniones o las vidas de otras personas y comprendan de una manera más amplia lo que sucede en su entorno, podremos establecer formas respetuosas de relación con el entrevistado, hacer preguntas más pertinentes y editar el diálogo en función de lo que con honestidad consideremos que más le resulta útil al lector y no en aras de ningún otro interés.

De ahí la importancia de hacernos estas preguntas antes de buscar la cita para hacer la entrevista.

Preparación

En esta etapa el periodista elige al entrevistado, establece la cita, investiga sobre la persona y el tema que abordará, prepara las preguntas y dispone de los materiales y equipos necesarios para registrarlas. Desde la perspectiva ética, en esta etapa hay que considerar cuál es la identidad de periodista y cuál es la intención de la entrevista, ¿qué es, honestamente, lo que pretende? Habrá que resolver si se le muestran las preguntas previamente al entrevistado, pactar las condiciones de la entrevista y, en su caso, acordar si habrá declaraciones que no serán publicadas o atribuidas a la fuente, el *off the record*. Probablemente el reportero se enfrente a la negativa de la fuente a responder sus preguntas o a la petición de que pague por ellas.

Identidad e intención

Una vez que elegimos a una persona para entrevistar porque consideramos que lo que tiene que decir es de interés público, buscamos la cita. Es muy importante explicarle con claridad quiénes somos y qué queremos. Hay que decirle para cuál medio de comunicación trabajamos, cuál es el tema sobre el que queremos dialogar, la razón por la que acudimos a ella y por qué consideramos que es importante lo que nos pueda decir.

Dice Federico Campbell: “La primera regla del juego es que el entrevistador se identifique y establezca el tema que quiere tratar. Sólo así de entrada, se tiende una relación seria, profesional, leal, con el entrevistado”.⁸

Una entrevista implica un acuerdo explícito entre el reportero y la fuente para dialogar y hacer público el resultado de la charla. No consideramos entonces como entrevistas los diálogos que un periodista pueda establecer con una fuente mediante engaños, haciéndose pasar por otra persona o utilizando formas ocultas de grabación. Ésas son confesiones, que implican serios problemas éticos, y que no podríamos considerar entrevistas porque no hay un consentimiento de la contraparte.

Identificarnos es pues la primera condición para establecer una relación de confianza con la persona entrevistada, lo que además repercutirá en que se sentirá en mejor disposición para responder.

Exponer el tema es también fundamental. Ante la probabilidad de que la fuente no quiera hablar sobre un tema que le parezca complicado o comprometedor, algunos periodistas le plantean al futuro entrevistado que la conversación versará sobre determinado asunto y luego, en medio del diálogo, se “sacan el as de la manga” para preguntarle sobre un tema no acordado. En estos casos se podrá poner en aprietos a la persona y obtener una confesión, pero difícilmente lograremos una buena entrevista pues ante la “trampa” es muy probable que el entrevistado se ponga a la defensiva. Hay que ser claros, de inicio, sobre el tema que abordaremos.

Ahora bien, al señalarle cuál es el tema debemos ser cuidadosos. El ser claro no significa ser ingenuo. Plantear el asunto de manera que pueda resultar demasiado amenazante no es una buena estrategia, pues la persona probablemente se negará a dialogar.

En una ocasión trabajamos un reportaje sobre la tortura. Entablamos contacto con un policía que la aplicaba a los presos. Sabíamos que los agentes le llamaban a la tortura “métodos de investigación”. En esos términos planteamos la entrevista: “estamos haciendo un trabajo sobre sus métodos de investigación” y le dijimos que nos interesaba conocer cómo y por qué se realizaban. Él accedió. Si le hubiéramos dicho: “Sabemos que usted es un sanguinario torturador y queremos saber cómo hace sufrir a la gente”, seguramente no hubiera aceptado. A lo largo de la entrevista se fue explicitando el tema hasta que hablamos con claridad sobre la tortura.

Por otra parte, hay que también tener cuidado en que tampoco parezca que “estamos de su lado”, pues eso es también tramposo. En el caso del policía nunca le dijimos que nos parecía muy bien lo que hacía ni que pretendíamos justificarlo. Uno de los casos más emblemáticos en este tema es el que cuenta la periodista

Janet Malcom en su libro *El periodista y el asesino*. Se trata de un caso real que ocurrió en Estados Unidos. Un periodista propone a un médico acusado de asesinar a su esposa y sus pequeñas hijas escribir un libro sobre su historia, pero se lo propone como su amigo y su aliado para el proceso de defensa. Le dice que “está de su lado” y que el libro le ayudará a ser exonerado. Al final, el texto no sólo no defendía al acusado sino que lo incriminaba. El médico se sintió traicionado y denunció al periodista.

Se trata pues de ser claro y honesto, sin ser ingenuo, al momento de proponer la entrevista. Buscamos con ello preservar la verdad y actuar responsablemente.

Mostrar el cuestionario

Para algunos entrevistados no es suficiente conocer el tema de la entrevista. Quieren además saber las preguntas precisas que les haremos. Si bien lo primero es un imperativo, lo segundo es más complejo pues la espontaneidad es característica de una buena entrevista. Si le permitimos al entrevistado conocer a detalle cada pregunta que le haremos, tendrá la posibilidad de estudiar y repensar la respuesta. Y eso es bueno cuando se trata de entrevistas informativas donde el manejo de números e información precisa es clave o donde las repercusiones de lo que diga podrían poner en riesgo a otras personas si la información no es clara (por ejemplo el aviso sobre la trayectoria de un huracán), pero en las entrevistas de opinión y de semblanza puede tener el efecto de acartonar la entrevista, de que la fuente “actúe” sus respuestas. Tampoco podemos negarnos tajantemente a enviar las preguntas, pero antes de ello tenemos la opción de proponerle enviar los temas, de manera general, y los distintos aspectos a tratar sin llegar a proporcionarle las preguntas precisas, porque, además, en el transcurso de la conversación surgen nuevas interrogantes. Y eso es parte de las características propias de una buena entrevista. Sujetarse estrictamente a un guión pre-hecho se parece más al llenado de un cuestionario que a un ejercicio de interlocución periodística que supone la frescura del encuentro con el otro.

En ocasiones el periodista se enfrenta a dilemas importantes. Son los casos en que se investiga algún hecho relacionado con irregularidades o incluso delitos, especialmente de funcionarios públicos, y en los que hay que entrevistar a alguno de los implicados. Suelen ser cuestiones de malos manejos recursos públicos o conductas indebidas y en los que tenemos suficiente evidencia de ello. Decíamos antes que es responsabilidad del reportero explicar al entrevistado el tema y la

intención de la entrevista. Sin embargo, en algunos asuntos, como sucede en el periodismo de investigación, hacer esto significa poner sobre alerta al inculcado y darle tiempo para “maquillar” el caso o incluso para maniobrar buscando por diversas vías que la información no se publique. Aparece entonces el dilema: ¿le avisamos y con ello le damos tiempo a “armarse” o faltamos al deber de notificarle y lo abordamos sorpresivamente?

No se trata del temor de que se “caiga” la nota al buscar a la contraparte. Es responsabilidad del periodista contrastar siempre las diversas versiones, y si al hacerlo resulta que la información inicial era falsa, simplemente no se publica. No son estas ocasiones a las que nos referimos, sino a aquellas en que sabemos que con alevosía una de las fuentes tiene el poder para ocultar o distorsionar los datos o incluso tomar otras acciones para impedir la publicación.

Ante este dilema podríamos decir que, en principio, es mejor la primera opción: avisar a la fuente. Si la información que tenemos producto de la investigación es sólida y está bien trabajada no será tan fácil para la fuente negarla u ocultarla. Optar por la entrevista sorpresiva y a “quemarropa” puede poner en evidencia a la persona al tomarla “descolocada”, pero supone también el riesgo de cometer errores en los datos, pues en ese tipo de asuntos no basta una declaración sino que normalmente hay que recurrir a documentos u otras evidencias. Además, puede ocurrir que en lugar de que el tema se centre en la investigación, se traslade a la reacción del entrevistado. Pero, sobre todo, no hay que olvidar que el periodista juega limpio. Quien opte por la entrevista sorpresiva tendrá que pensarlo muy bien en discusión con sus compañeros de trabajo o su jefe o editor, y siempre como la última opción.

Si no quiere hablar

En algunas ocasiones la persona no quiere hablar por timidez o porque el tema le es incómodo o incluso riesgoso. En esos casos lo primero que tenemos que considerar es si la persona tiene el derecho a permanecer en silencio. En principio, nadie está obligado a hablar si no quiere hacerlo salvo que sea un funcionario gubernamental con responsabilidad en un tema de interés público. El tesorero de un ayuntamiento está obligado a dar información sobre las finanzas municipales aunque no quiera, pero un escultor no lo está para hablar sobre su obra si no lo desea.

En el primer caso es tarea del periodista insistir con los funcionarios públicos hasta obtener la información. En los otros casos, tendrá que apelar a sus buenos argumentos para tratar de convencer a la persona de por qué es importante que exprese su palabra. En las situaciones en las que una persona está involucrada en conflictos o existen acusaciones contra ella, ayuda decirle qué es lo que se ha dicho sobre el tema y su persona, darle a conocer alguno de los datos con que contamos y cómo la entrevista puede ser una oportunidad para que exprese su punto de vista. A veces funciona, pero hay que tener cuidado para que no se convierta en una especie de chantaje o de amenaza en el sentido de que si no habla, se atenderá a las consecuencias.

Entrevistas pagadas

Hay quien paga para que lo entrevisten y hay también quien cobra por entrevistar. Las entrevistas, si son periodísticas, no se cobran ni se pagan.

Los medios de comunicación y los “periodistas” que ponen a disposición de que quien pague los espacios informativos no hacen periodismo sino publicidad o propaganda y causan un gran daño a los destinatarios de la información y al propio oficio.

En primer lugar porque la agenda informativa (la serie de temas que presenta un medio de comunicación periodístico) se basa en una valoración centrada en el interés público. De la infinidad de asuntos que un medio puede dar a conocer, elige aquellos que son novedosos y que atraen al lector. La selección de la información debe hacerse en función de una serie de criterios como: la novedad del hecho, su trascendencia, su magnitud, su proximidad y las repercusiones que tendrá para la comunidad, entre otros. Si la selección de temas se hace con estos principios el lector podrá encontrar en el medio de comunicación información provechosa trabajada con honestidad; información realmente periodística.

Al respecto, David Randal señala:

Todas las noticias y artículos de un periódico se publican como consecuencia de decisiones en las que no influyen las presiones políticas, empresariales o de otro tipo. Su publicación no está determinada por un intercambio de favores o de dinero, sino que son textos escritos y editados con ánimo de indagar libremente en la realidad; y seleccionados para su publicación exclusivamente por sus propios méritos, ya sean reales o imaginados. En otras palabras, son textos honestos.⁹

Si en lugar de ello el medio publica una entrevista basada, no en el interés público y en lo que la información pueda aportar a la comunidad, sino en función del dinero que pueda cobrar, estará defraudando al lector en una doble vía. Primero, porque le presenta información que se decidió con criterios comerciales y no periodísticos y, además, porque el espacio que ocupa esa “propaganda” va en detrimento de la que podría ocupar un tema de interés social.

Por otra parte, quien paga porque lo entrevisten asegura que la interlocución será a modo, que no habrá cuestionamientos, ni preguntas difíciles. Que podrá decir solamente lo que le interesa y no lo que necesita saber el público. En estos casos el periodista deja de ser mediador y se convierte en portavoz, en empleado del entrevistado. El medio y él pierden la independencia que es una condición fundamental para el ejercicio del buen periodismo.

Equipos de comunicación de políticos, funcionarios, artistas y empresarios buscan estas entrevistas a modo y están dispuestos a pagar por ello. Para los medios, la práctica de publicar propaganda o publicidad disfrazadas de información puede ser tentadora especialmente en tiempos de crisis. Los publibreportajes o gacetillas que no se ofrecen como tales, como espacios o tiempos vendidos, como entrevistas pagadas, engañan a las audiencias. A la larga esta práctica resulta contraproducente porque los lectores son inteligentes y descubren con facilidad cuando les quieren tomar el pelo. Perder la credibilidad es una de las peores situaciones que puede padecer un medio de comunicación.

Y así como hay quien paga porque lo entrevisten, también hay quien busca cobrar. En ocasiones algunas fuentes lucran con la información que poseen. Comprar información supone problemas importantes para el periodista. La información de interés público es un bien que pertenece a la sociedad. No es propiedad de la fuente, ni del periodista, ni del medio. Por tanto, convertirla en una mercancía implica trastocar el sentido mismo de lo público. No sólo eso, sino que comprar información alienta la formación de un mercado que a la larga resultaría desastroso para el periodismo. Cualquier fuente se sentiría en derecho de cobrar por cualquier dato.

El vendedor podrá además dosificar las entregas pues le resulta mejor negocio vender la información en partes, con lo cual el reportero se verá atado a la fuente y difícilmente tendrá el panorama completo.

Hay además otro problema. Si entre más “jugosa” es la información más valor comercial tiene, entonces las fuentes procurarán ofrecer al reportero apetitosos platillos informativos sin que necesariamente lo sean. Con tal de vender la

información, la fuente puede con facilidad alterarla y exagerarla. Puede incluso inventar con tal de vender. La información comprada es poco confiable. El periodista no puede arriesgarse a publicar sin verificarla, con lo cual el negocio ya no es tan bueno porque de cualquier manera tendrá que buscar esos datos en otras fuentes que seguramente no le cobrarán.

Las entrevistas pagadas comprometen entonces la verdad, la responsabilidad y la independencia del periodista.

Los acuerdos

Pactar las condiciones de la entrevista es importante. Desde el punto de vista técnico nos ayuda a saber con cuánto tiempo contamos, dónde será el encuentro y situaciones de esa índole que nos ayudan a preparar el diálogo. Desde el punto de vista ético nos ayudan a evitar malentendidos. Señalábamos más arriba la necesidad de establecer con claridad el tema. Ése es uno de los acuerdos básicos a la hora de acordar la entrevista, pero además es muy importante hacerle saber a la fuente que, en principio, toda la información de la entrevista será publicada y atribuida a ella.

Es probable que en ese momento o incluso durante la entrevista la persona pida que no se le atribuya o que no se publique cierta información. Es importante que el periodista y la fuente acuerden qué información quedará “fuera de grabadora” para evitar conflictos posteriores.

El periodista buscará que la información para no publicar o la que no se puede atribuir sea la menos posible. De lo contrario no se tratará de una entrevista, sino de una charla entre confidentes que puede ser relevante para que el periodista conozca mejor un tema, pero que no podrá ser publicada.

Por supuesto que en ocasiones es justificable el “fuera de grabadora” y una vez establecido resulta imprescindible su cumplimiento.

Diversos códigos de ética recomiendan que los acuerdos de este tipo sean pocos y siempre justificados. Veamos sólo un ejemplo. Dice la “Guía profesional de ética para los periodistas de Quebec”:

Algunas informaciones importantes no pueden conseguirse y ser difundidas sin que los periodistas garanticen el anonimato a ciertas fuentes. Este anonimato puede servir a las fuentes para manipular impunemente a la opinión pública o para causar daño sin asumir su responsabilidad.

El anonimato debe acordarse solamente como último recurso y en circunstancias excepcionales:

- Cuando la información es importante y no hay otras fuentes identificables para obtenerla.
- Cuando la información es de interés público.
- Cuando la fuente que desea el anonimato pudiera sufrir perjuicios si su identidad es revelada.

Los periodistas explicarán la preservación del anonimato y describirán suficientemente la fuente, sin conducir a su identificación, para que el público pueda apreciar su pertinencia, sus intereses y su credibilidad.¹⁰

Además establece: “Si no existe un acuerdo explícito para ello, los periodistas no están obligados a respetar las reglas del *off the record*, del *background*, o de la publicación sin mención de la fuente. Estas reglas deben establecerse antes de las declaraciones y no después. Los periodistas restringirán lo más posible el recurso a estas reglas, que pueden facilitar su manipulación por las fuentes”.¹¹

Otro de los asuntos que hay que pactar es la fecha de la entrevista. Los periodistas casi siempre tenemos prisa y buscamos ver a la persona lo antes posible. Insistimos en ello y está bien. En la mayoría de los casos se trata sólo de una cuestión de hacer coincidir agendas. No tiene mayor implicación. Sin embargo, hay ocasiones en que la entrevista “urge” porque el asunto está en la arena pública y si posponemos la entrevista ésta perderá vigencia. En estos casos hay que insistir. Cuando el tema no es la opinión de la fuente sino información específica sobre un tema especial, la fuente pide tiempo para prepararse. Es mejor aceptar posponer la entrevista un tiempo razonable y a cambio conseguir datos más precisos que ir a un diálogo del que solamente podremos obtener generalidades. Ahora bien, hay que estar atentos para que sea un tiempo de preparación y no una estrategia de la fuente para evitar el tema.

Si una persona no acepta bajo ninguna circunstancia hablar luego de numerosas insistencias, convendría indagar las razones. En ocasiones, las oficinas de comunicación social o su equipo de prensa son quienes las impiden porque suponen que el entrevistado será utilizado por el periodista para “golpear”

mediáticamente a alguien. De ser así, hay que aclarar que nuestra intención es estrictamente periodística.

Hacer los deberes

Parte fundamental del proceso de la entrevista es documentarnos sobre la persona a la que entrevistaremos y los temas que trataremos. Es, como casi todo en periodismo, una cuestión técnica y ética al mismo tiempo. Técnica porque difícilmente podremos entablar una buena conversación si carecemos de los insumos que nos permitan plantear preguntas interesantes y pertinentes. Ética, porque si por falta de preparación somos incapaces de establecer un buen diálogo estaremos defraudando al entrevistado y a los lectores. Miguel Ángel Bastenier insiste en que al presentarnos frente al entrevistado debe quedar claro que somos profesionales, que hemos “hecho los deberes” al prepararnos y que ese momento que la persona pasará con nosotros no será en vano. Resulta obvio que prepararse es también una cuestión ética. Es la responsabilidad que tiene el periodista de ser un profesional, de estar a la altura del entrevistado, de no hacerle perder el tiempo, de mostrar respeto por él mismo y por su oficio. Es también condición para poder llevar al lector información de calidad producto de una entrevista bien hecha.

Realización

El encuentro con el entrevistado es el momento clave del proceso de la entrevista. Decíamos que antes de llegar a él tendríamos que haberle dicho qué queremos que nos cuente y por qué, que hemos pactado las condiciones de la entrevista y que nos hemos preparado adecuadamente para el encuentro. Llegar a tiempo, con disposición a escuchar y agradecer al entrevistado su tiempo son muestras de respeto y profesionalismo. “Huelga decir que hay que ser puntual y respetuoso, cortés y tolerante. Al iniciarse el encuentro, el entrevistador habrá de mostrarse cordial”,¹² recomienda Campbell.

En este momento es fundamental recordar cuál es el papel de periodista. Como decíamos al principio del texto, el reportero está ahí para obtener del entrevistado información de interés público y llevarla a la comunidad. No está ahí para granjearse la amistad del entrevistado, ni para agredirlo. Tampoco es su trabajo hacerlo enojar o convencerlo de que lo que piensa es incorrecto. No es juez, ni policía, ni profesor; tampoco un adulator o un miembro del séquito del

entrevistado. Es un profesional que puede plantear preguntas inteligentes, pertinentes y críticas, con respeto, pero también con claridad y firmeza.

Eugene Goodwin señala: “Tratar a todas las fuentes como adversarios puede resultar tan injusto para ellas y para el público, como el tratarlos como íntimas [...] resulta muy triste cuando los reporteros aplican el tratamiento de adversarios a personas que, por alguna razón se ven involucradas en reportajes, asediándolos con preguntas más apropiadas para una película que para la realidad”.¹³

Tenerlo presente es una buena guía que ayuda a no perder el rumbo durante esos momentos que en ocasiones se tornan complicados.

Hay quienes consideran que el éxito de una entrevista consiste en hacer enojar al entrevistado, en acorralarlo, en hacerlo titubear o contradecirse, en exhibir sus lados más flacos. Ocurre, sobre todo, en programas de televisión o radio que se transmiten en directo y que llevan un fuerte componente de espectáculo. En estos casos el reportero confunde su papel de mediador con el de un interrogador de la policía o con un actor de la farándula. No escucha, lo que busca es que el otro diga lo que él quiere. Son entrevistas que pueden ser muy llamativas, pero que a fin de cuentas son poco sustanciales porque al sentirse agredido el entrevistado se cierra o responde en esos mismos términos. El saldo informativo suele ser pobre. Un colega editor contaba que en una ocasión envió a una joven reportera a entrevistar a un candidato a la presidencia de la república. La chica regresó feliz, le brillaba la mirada. “¿Cómo te fue?”, le preguntó él. “Muy bien”, le respondió ella, “lo hice enojar muchísimo”. Y le contó cómo con cada pregunta que hacía el hombre se ponía más y más bravo. El editor la escuchó con paciencia y cuando ella terminó de contar su aventura, le preguntó: “¿Y qué te dijo?”. La reportera no pudo responder, permaneció en silencio. La chica se dio cuenta de que no tenía noticia porque decir que el candidato se había enojado, era nada.

No hay necesidad de convertirse en un reportero “boxeador” para obtener información interesante. Los colegas más experimentados refieren que puede más la pregunta bien preparada, planteada con sutileza, inteligentemente, que la burda agresión.

Otra pésima actitud es asumirse como “sabelotodo” que busca pontificar y mostrarle al entrevistado y al público lo listo que es. Las entrevistas no son para que el periodista se luzca.

Las entrevistas con presuntos delincuentes que son puestos frente a los reporteros por los cuerpos de policía suelen parecer interrogatorios judiciales.

Algunos colegas pierden de vista el sentido de su trabajo y se mimetizan con los agentes de seguridad, se creen policías. En algún caso extremo alguno llegó a golpear a un detenido.

En el otro extremo están los reporteros sumisos. Los que por un respeto mal entendido a la fuente o por anteponer sus intereses personales la reverencian o le temen. Por una u otra razón, no están dispuestos a incomodar al entrevistado y se preocupan más por quedar bien con él que por obtener información relevante para sus lectores. Evitan replicar las respuestas, contrapuntar lo que le dicen. Asienten constantemente y en los peores casos adulan a su interlocutor. Cordialidad y respeto no implican sumisión.

Unos y otros pierden su independencia, requisito indispensable para el ejercicio de un buen periodismo.

Más adelante veremos cómo se pueden plantear preguntas difíciles sin necesidad de autocensurarnos, por un lado, o de ser “golpeadores”, por el otro.

Principio de buena fe

Para hacer una entrevista se necesitan al menos dos personas que quieran hacerla. Si el periodista o el entrevistado no quieren participar, es obvio que la entrevista no sucederá.

Cuando uno y otro acceden al encuentro se establece, implícitamente, un acuerdo de buena fe entre la fuente y el reportero. Ambos suponen que aunque cada quien tenga sus propios intereses y se cuide bien de lo que va a decir, que incluso evite tratar los temas que resulten comprometedores, no habrá que poner en tela de juicio absolutamente todo lo que dice la contraparte. Si fuera así, hacer una entrevista sería muy complicado. Pues si en una respuesta el entrevistado dice que viajó a Nueva York, tendríamos que solicitarle los comprobantes respectivos y no sólo eso sino que tendríamos que verificar su autenticidad, si nos cuenta que tiene tres hijos necesitaríamos ver las actas de nacimiento o si afirma que cada mañana al despertar acostumbra rezar tendríamos que ir a corroborarlo. Y ni siquiera así estaríamos seguros de si es realidad o se trata de una “puesta en escena”. Habría que buscar testigos que lo confirmaran.

Partimos entonces de la buena fe, de creer que, en principio, lo que nos dicen es verdad, aunque sepamos que no necesariamente todo lo será. Suponemos que si bien lo que nos digan no corresponda completamente a la realidad, que puede haber incluso burdas mentiras, tampoco será falsa la versión completa.

Es cierto que el periodista no puede ser ingenuo y no puede creer cándidamente cualquier cosa que le diga el entrevistado, especialmente cuando se trata de temas conflictivos o datos sobre los que por cualquier razón pueda tener duda. Obviamente si el reportero sospecha o sabe que el entrevistado proporciona información falsa, tendrá que ser insistente con las preguntas sobre el asunto. Justamente por eso estudió bien el tema en la etapa de preparación, para que no lo engañen, ni para que la fuente se pueda escabullir con facilidad.

En casos delicados es evidente que el periodista verificará una y otra vez los datos, que no se conformará con la primera versión y que insistirá para corroborar la consistencia de los argumentos. Por lo demás, confiamos en que lo que nos dicen es cierto.

De igual manera, el entrevistado confía en que lo que el periodista publicará será, en principio, verdad. Sabe que puede haber errores, pero no puede suponer que el reportero dirá solamente mentiras, pues si así fuera no accedería nunca a la entrevista.

Confía también en que la conversación girará en torno al tema que se pactó y no a otro. Asume que el periodista no le hará trampa.

Dice Keats:

El comienzo de la entrevista debe dar una clara idea de lo que se va a tratar en ésta. Los entrevistadores a veces cometen el error de revelar sólo un aspecto menor del tema principal cuando presenta la entrevista. Cuando más tarde el que responde se da cuenta que las preguntas se han desviado de ese tema hacia otro para el cual no dio su consentimiento, es probable que reaccione hostilmente y la buena voluntad de responder a más preguntas se puede ver seriamente afectada.¹⁴

Se establece pues un principio de buena fe que se irá consolidando en la medida en que la fuente y el periodista lo hagan realidad. Ésa es la base de la credibilidad que uno y otro van adquiriendo.

Papel activo

Es responsabilidad del periodista conducir el diálogo por caminos adecuados, es él o ella quien con sus preguntas lleva el control de la conversación. Eso implica un papel activo en todo momento. Aunque el protagonista de la entrevista es la fuente y lo que resulta relevante informativamente es lo que cuenta, el responsable de que eso que dice el entrevistado sea significativo es tarea del reportero que con

sus preguntas se convierte en un agente que, como dice Bastenier, “desata la lengua” del entrevistado.

El periodista, cabe subrayar de nuevo, no es un vocero del entrevistado, no es un mero transcriptor de lo que el otro quiere decir. Es un mediador, que luego tendrá que transcribir muchas de las frases que se pronunciaron, por supuesto, pero que es ante todo es un buen interlocutor.

Dice Campbell que el periodista,

no es un taquimecanógrafo que toma el dictado. Sus preguntas pueden ser críticas y plantear objeciones. No puede ser complaciente ni renunciar a su dignidad de reportero que realiza un trabajo profesional y de interés público. Parte del hecho de que la gente, en una sociedad democrática, tiene derecho a saber todo lo concerniente a la vida pública. No puede ponerse al servicio, pasivamente, de su interlocutor.¹⁵

Es responsabilidad, no única pero sí fundamental, del reportero, obtener un resultado provechoso del encuentro.

En esta responsabilidad de llevar el diálogo a buen término es básico que el reportero entienda bien lo que le dicen. Tiene que preguntar y repreguntar hasta que esté seguro de que comprendió con claridad todo lo que le manifestaron. No puede terminar el diálogo si tiene dudas. Hay que verificar nombres, corroborar cifras, fechas y cualquier otro dato que requiere precisión. Si no lo hace probablemente cometerá un error y, como ya decíamos, el error periodístico se convierte en una falta de ética. Si por ejemplo nos dijeron que la transferencia bancaria fue por 11,568 pesos y nosotros, simplemente por no poner cuidado, nos equivocamos y escribimos 111,568 pesos estaremos faltando gravemente a la verdad.

Advertir que empezamos

Decíamos antes que al pactar la entrevista el periodista acuerda con su fuente que, en principio, lo que se diga durante ese encuentro será publicado. A menos que se haya acordado que no será así.

No obstante en el momento del diálogo es conveniente dejar claro que la entrevista comenzó. Normalmente hay un preámbulo en el que se “rompe el hielo” mediante una conversación más o menos trivial antes de entrar al tema de la entrevista. En muchos casos el paso entre la cortesía inicial y el comienzo del intercambio formal se da de una manera natural y no hay necesidad de hacerlo explícito.

Sin embargo, hay ocasiones en que conviene explicitar cuándo comenzamos a registrar periodísticamente la conversación. En algunos casos durante el preámbulo la fuente “suelta” información relevante para el tema pensando que eso no forma parte aún de la entrevista. Si eso ocurre hay que hacérselo notar y advertirle que ya estamos trabajando.

Dice Manuel del Arco: “Acostumbro, al empezar, avisar que mis cuartillas están blancas, y que todo cuanto escriba delante de él y lo autorice podré publicarlo”.¹⁶

Si se va a grabar, especialmente en casos conflictivos y delicados, es importante dejar constancia de que el entrevistado lo sabe para que después no pueda acusar al periodista de haberlo grabado sin su consentimiento. Comenzar la grabación con una frase como: “Hoy es tal día y conversaremos con tal persona sobre tal tema” y luego saludarlo y agradecerle su tiempo, suele ser suficiente. Algunos colegas sugieren hacer pruebas de grabación con lo que además de registrar que la fuente está al tanto del comienzo de la entrevista aseguran la calidad del sonido.

Personas vulnerables

Durante la entrevista la fuente se pone en las manos del reportero. Especialmente cuando no son entrevistas que se transmiten en directo, sino que se publican después de editarse. A fin de cuentas, será el periodista quien diga lo que el entrevistado dijo y no éste directamente.

Con frecuencia los reporteros se encuentran con entrevistados de largo colmillo, viejos zorros, que conocen bien cómo funcionan los medios de comunicación. Pero en otros casos, los periodistas entrevistan a personas que desconocen las consecuencias que pueden tener sus declaraciones a la prensa. Testigos de crímenes, víctimas de desastres, de enfermedades o de otras situaciones y menores de edad son, entre otras, personas especialmente vulnerables. Dice el “Código de ética para la prensa, la radio y la televisión”, de Suecia: “Muestre particular consideración hacia las personas no acostumbradas a ofrecer entrevistas. Informe a los entrevistados acerca de si la conversación será publicada o si se utilizará sólo como complemento a su trabajo periodístico”.¹⁷

En este mismo sentido, la “Guía profesional de ética para los periodistas de Quebec” dice: “Los periodistas deben informar a las fuentes de información poco familiarizadas con la prensa que sus observaciones pueden ser publicadas o difundidas y puestas así en conocimiento de un gran número de personas”.¹⁸

El periodista tendrá que ser especialmente cuidadoso en estos casos. A veces, la ingenuidad de un entrevistado que revela información valiosa informativamente, pero compromete su seguridad, genera dilemas a los periodistas. En estos casos, el reportero deberá advertir a la persona sobre las consecuencias que pueden tener sus declaraciones si es que ella no las ha notado, aunque con ello pueda perder una gran cita para su pieza informativa.

Dice Halperín: “Si nos consta que el entrevistado no estaba en sus cabales o no hablaba consciente de que se realizaba una entrevista, lo ético es pedirle que confirme sus declaraciones aunque perdamos la primicia”.¹⁹

Situaciones dolorosas

Parte del trabajo de los periodistas es narrar situaciones dolorosas. Es inevitable. Tenemos que entrevistar a gente que sufre. Son circunstancias complicadas que conllevan un importante componente ético.

En estos casos lo primero es recurrir a lo que decíamos al principio de este texto; tener presente quiénes somos, por qué estamos ahí y para qué. Si lo tenemos claro, lo demás será un poco menos difícil.

El periodista no está ahí para alimentar la curiosidad morbosa del público, aumentar los niveles de audiencia, ni demostrar lo intrépido que es. Está ahí porque esa información ayudará al destinatario a comprender la magnitud de los sucesos, a comprender su trascendencia, a solidarizarse con las víctimas. Situado en esa base podrá hacer su trabajo cuidando, lo mejor que pueda, a las personas.

Cuando el reportero logra comunicar adecuadamente las razones por las que busca la entrevista, la persona comprenderá que narrar su dolor puede tener sentido y que no está siendo utilizada por el periodista.

Si sabemos que tratar el tema le causará dolor a la persona entrevistada, podremos ser más cuidadosos con las preguntas que hagamos. Eso no significa dejar de preguntar para no lastimar. Estamos ahí para hablar con la gente, pero la forma de hacerlo es clave. El sufrimiento de la víctima de un suceso no es un espectáculo.

Además de la manera de plantear las preguntas ayuda el orden. No hay reglas, pero en ocasiones conviene hacer las preguntas más difíciles hacia la mitad de la conversación. De esta manera tenemos la posibilidad de ir planteando hacia el final preguntas más neutras o incluso que evoquen en la persona momentos más felices, aunque probablemente algunas de estas respuestas no sean publicadas

después. De lo que se trata es de no terminar la entrevista abruptamente en el momento de mayor dolor para la persona. Tenemos que procurar dejarla al final en las mejores condiciones posibles. Al respecto dice Halperín: “En este caso el periodista asume la responsabilidad de un cierto cuidado del personaje, de ayudarlo a salir de aquella zona ardua en la que se lo invitó a penetrar”.²⁰

Preguntas incómodas

En otras ocasiones nos vemos en la necesidad de hacer preguntas que sabemos, o al menos sospechamos, serán incómodas para el entrevistado. No son situaciones dolorosas como las que veíamos en el apartado anterior, sino más bien embarazosas. A veces se trata de cosas tan simples como preguntar la edad a una actriz.

Lo primero que hay que considerar es si la pregunta es necesaria. Incomodar por incomodar no tiene sentido, pero si la pregunta es pertinente hay que hacerla.

En estos casos ayuda poner sobre aviso al entrevistado. En el caso de la edad de la actriz podría ser algo así: “Le debo hacer una pregunta poco caballerosa. ¿Cuál es su edad?”. Puede ser que responda sin problema o que se niegue. En este último caso, la negativa ya es un dato que da cuenta de lo que representa para la persona ese tema.

Manuel del Arco recomienda: “Se puede preguntar lo más cruel, lo más feroz, lo más escandaloso, lo más indiscreto, en fin, si antes se ha preparado el terreno. Hay que crear un clima de confianza primero; luego ya viene la audacia sin temor al descalabro. Pero de buenas a primeras lanzar una pregunta se lleva ‘en conserva’ exponerse al revolcón”.²¹

El periodista español pone un par de ejemplos. Cuando entrevistó a Salvador Dalí le dijo: “¿Puedo hablar sin rodeos, y con ese desenfado con que también usted habla?”²² A otra persona se lo planteó así: “Josefina quiero hacerle una pregunta delicada. ¿Me perdona si la hiero?”²³

Halperín recopila de otros colegas varias formas de hacer cuestionamientos incómodos. Por ejemplo, echarle la culpa a otro de la pregunta o preguntar a modo de juego: “voy a representar al abogado del diablo”.

Alex Grijelmo aconseja: “Un buen truco para soltar en la entrevista frases ciertamente impertinentes se basa en hacerlo con la sonrisa en los labios, buscando la complicidad”.²⁴